

FEM QUE PASSI

De Cruyff al bicig

Aris de Juan

Miami



Soy madrileño y vivo en Miami por motivos profesionales. Me siento fan de Barcelona y todo lo que la rodea desde que, siendo niño, veía por la televisión, extasiado, a Cruyff regatear y saltar por encima de los defensas.

Este año, por primera vez, he asistido al Mobile World Congress (MWC) de Barcelona y he vuelto sobrecogido por la enorme cantidad de soluciones e ideas que están provocando y provocarán el cambio en la forma en la que vivimos. Pero no todo en Barcelona es el MWC. La ciudad ha sabido ser un ejemplo en

uno de los grandes retos a los que se enfrentan las grandes urbes, cada vez más pobladas: ahora hace nueve años, en marzo del 2007, decidió hacer una inequívoca y osada apuesta por la introducción de un servicio de bicicleta pública en la ciudad y Clear Channel, la empresa que yo dirigía entonces en España, tuvo el orgullo de implementarlo.

Ese servicio, el bicig supuso el despliegue, en un año, de 6.000 bicicletas y sus correspondientes estaciones por toda la ciudad, la absorción de 100.000 abonados en menos de 6 meses y la gestión del uso masivo del servicio por parte de estos usuarios. En los últimos años, la ciudad ha continuado innovándolo, incorpo-

rando mejoras e introduciendo la bicicleta eléctrica como evolución natural de éste. Es decir, el bicig se ha tratado como parte esencial de un proyecto de ciudad.

Y esta capacidad de arries-

El bicig ostenta el reconocimiento de ser "el servicio más eficiente del mundo"

ra es lo que ha permitido a Barcelona liderar entre ciudades como Londres, Nueva York, Milán, París, Ciudad de México o Santiago de Chile (en total, más de 400), que siguieron su ejemplo pionero y

aún hoy miran a la ciudad como referencia en movilidad y gestión de la bicicleta pública.

El bicig ostenta, además, el reconocimiento de ser el servicio "más eficiente del mundo", según el Institute for Transportation & Development Policy, ITDP, de Nueva York o, simplemente, "el mejor", según el *Financial Times*.

La capacidad de Barcelona de ser protagonista también se puso de manifiesto hace pocas semanas en Puebla, México, donde asistí como ponente a la primera conferencia de Smart Cities de Latinoamérica, foro donde se presentan ideas y soluciones sobre las ciudades y se debate sobre cómo responder a los retos a los que se enfrentan (seguridad, medioambiente y sostenibilidad).

La gestión de la movilidad es, sin duda, uno de esos retos: la búsqueda de la racionalización del transporte privado y

la evolución del transporte público es una prioridad para evitar el colapso en tráfico, la pérdida de productividad y la frustración que genera vivir entre atascos. La bicicleta surgió constantemente como catalizador de la evolución sostenible de la movilidad. Y el bicig fue mencionado una y otra vez por todos como la referencia mundial. Barcelona sigue siendo protagonista aún dos lustros después, gracias a la visión de ciudad como un proyecto que incorpora y preserva soluciones transformadoras e innovadoras, que suman al valor de su marca.

www.barcelonaglobal.com



Asalto a la Casita Blanca

Los *meublés* fueron objeto de asaltos con trasfondo político, como los de Facerías o Sabaté, que buscaban lograr un buen botín sin encontrar resistencia,

al estar los implicados en una situación que les convenía que todo quedara envuelto en el silencio. También fueron objeto de simples atracos. Este re-

lato tiene valor al haber sido contado por un testigo que se vio envuelto en un episodio de este corte en la Casita Blanca de Barcelona. / **Lluís Permanyer**

Primeros de septiembre de 1950. Noche de sábado a domingo. Estoy yo en la habitación con mi compañera y, de pronto, llaman a la puerta. Me pongo a toda prisa el calzoncillo, abro y aparece el camarero con cara de espanto, flanqueado por un tipo bajito, con bigote y blandiendo una pistola *Star 9* largo, que, imperioso, nos ordena: "¡Abajo!". Nos meten en el ascensor con otra pareja, y él murmura por lo bajo en catalán que le va a quitar la pistola al tipo: no para de moverse y empujar y el ascensor cruje.

Somos los últimos en llegar abajo y la sala ya está repleta de parejas, pues habían obligado a evacuar todas las habitaciones:

"El jefe es el que lleva la cara cubierta con un pañuelo, al estilo de las películas del oeste, y exhibe una metralleta"

ellos, medio desnudos y ellas, envueltas con un simple cubrecama o una sábana. Parece que el jefe es el que lleva la cara cubierta con un pañuelo, al estilo de las películas del oeste, y exhibe una metralleta. Reinan el silencio y el miedo. Todo sucede con celeridad.

Los hombres bajo sus órdenes, que son unos cinco o seis, se habían dedicado entre tanto a requisar cuanto de valor hallaban en las habitaciones ya vacías. Al bajar, portan las manos y los bolsillos llenos de joyas, carteras, dinero. Se lo entregan al jefe, quien lo mete todo en un saco. Y, antes de largarse, nos amenaza con disparar si alguien se atreve a salir tras



La finca donde estaba la Casita Blanca, tapiada pocos días antes del inicio de su demolición

Un discreto escenario de relaciones furtivas

■ La Casita Blanca, el mítico *meublé* de la calle Bolívar, recibió esta denominación por la ostensible exhibición de los juegos de cama limpios que se ponían a secar en su terrado. Fue escenario de relaciones furtivas durante más de un siglo. Las sucesivas

generaciones de clientes valoraban sobre todo la discreción de un local que sucumbió hace ahora cinco años, después de que el Ayuntamiento de Barcelona adquiriera su propiedad pagando algo más de siete millones de euros por él. El solar que dejó el derribo de la

famosa casa de citas estaba afectado por una operación urbanística –la creación de un paseo ajardinado– que en estos años transcurridos desde el cierre de la Casita Blanca no ha conseguido sacudirse una cierta imagen de provisionalidad. / Redacción

ellos. Acompañado por otro de la banda, coge un Fiat Topolino allí aparcado y huyen.

Al poco se presenta la policía armada, los grises. Nos conducen sólo a los hombres a la comisaría de Lesseps, para prestar declaración. Somos unos ocho o diez los que tomamos asiento en un banco. El proceso se desarrolla con bastante lentitud.

"En comisaría, al temer que se enteraran en mi casa, me percaté de que no nos vigilan y decidí largarme"

Yo me había quedado sin la cartera, la documentación, las llaves y unas 300 pesetas; faltaban sólo 25: lo que me había costado la Casita Blanca. Al ver aquel panorama, y temiendo que fatalmente se enteraran en mi casa, me percaté de que no nos vigila nadie y decidí largarme. Al que montaba guardia en la puerta, le saludé con un: "¡Adiós, buenas noches!"

Al día siguiente me persono en la comisaría de mi barrio para denunciar que me habían sustraído la documentación en el tranvía. No hubo pregunta alguna, y me hicieron una copia de mi carnet de identidad.

No creo que aquel atraco relámpago y fructífero fuera obra de los maquis Sabaté ni Facerías. Da igual, pues todas estas situaciones suelen resultar parecidas. Lo que interesa del suceso es el relato de quien fue testigo, un joven en edad militar, de un suceso que la censura de la época no permitió publicar ni una línea. Y por este motivo he querido contarlo. ●